

de la cultura ética, le inspiraron al Profesor Molina otro libro no menos admirable, su *Confesión filosófica y llamado de superación a la América Hispana*. En las páginas de esa Confesión se exponen, con certeros enfoques, algunas de las realidades más lastimosas y funestas del poco respeto en que se tienen los valores y las normas espirituales; y se exalta la urgencia de trabajar sin descanso en la suprema aventura de buscar y conseguir, por ese salvador camino, la verdadera liberación y la efectiva unidad americanas.

Tanto los dos libros recientes del Dr. Molina, como el conjunto de sus creaciones, merecen, sin duda, algo más que unos sencillos y entusiastas comentarios. Con ese caudal de oportunísimas y valiosas enseñanzas, el doctor Molina se hace acreedor a un homenaje colectivo de reconocimiento, por parte de la intelectualidad interamericana; ya que nuestro continente puede sentir bien legítimo orgullo por contar, entre sus pensadores actuales más destacados, con este filósofo y humanista insigne, que, si hubiese nacido en el viejo mundo, se hubiera hecho acreedor por sus obras, especialmente por su apoloía *De lo espiritual en la vida humana*, a la admiración y fama internacionales, tanto de las generaciones estudiosas coetáneas como de las futuras.

La Habana, 1947. (De «América», revista de la Asociación de Escritores y Artistas americanos—Junio 1947.

<https://doi.org/10.29393/At269-22OCLD10022>

EL «O'HIGGINS» DE CAMPOS HARRIET, por *Luis Durand*

Ocurre con gran frecuencia que cuando uno comienza a leer con cierta flojedad de ánimo un libro, hay algo sorpresivo, inesperado, que de pronto nos arranca de esa especie de prevención, para fijar los ojos con mayor interés sobre las páginas, hasta que surge el milagro y éste consiste en lo que todo autor

aspira: o sea que su obra sea leída de cabo a rabo, no sólo con agrado sino con interés creciente.

Dije, con gran frecuencia, para explicar ese fenómeno de intimidad que se produce entre el autor y el que lee, pero lo que no es frecuente, es encontrar libros que sin pretender de obras maestras, nos atraigan por ese secreto tal vez humano, más que literario de la simpatía, que como un vaso comunicante, transmite calor y devuelve emoción, cuando uno advierte que un libro está escrito con honestidad y buen gusto.

Muchas de esas condiciones me parece ver en el O'Higgins, que acaba de publicar Fernando Campos Harriet, en el que narra la vida del prócer, sin disculpar sus errores de hombre y exaltando a la vez todo aquello en que O'Higgins se muestra superior a su tiempo, tanto en lo que respecta a cultura, como a generosidad humana, cuando comprende que hay un país que nace y que esa pequeña nacionalidad, necesita del máximo de abnegación y comprensión del deber, de sus hijos.

Me parece que el hecho de que este libro de Campos Harriet, no haya obtenido el premio a que aspiró en un concurso, no le quita en modo alguno el mérito que tiene como realización de biografía moderna. Un premio lo dan dos o tres señores aburridos de leer o discutir y un libro cuando es bueno lo leen miles de personas. El O'Higgins de Campos Harriet lo he leído de un gustoso tirón, porque hay en él palpitación de vida, emoción artística, y un sentido hondo de lo que es la responsabilidad estética y conceptual, para darle el relieve a un personaje que vivió y actuó con pasión en situaciones culminantes. En circunstancias que son decisivas en un destino humano, y este destino en la vida de un pueblo que comienza a caminar y a sentir el peso de sus deberes y responsabilidades ciudadanas.

Campos Harriet, a veces no puede disimular cierta casi beligerancia, con su prócer personaje. Pero inmediatamente suaviza su afirmación que pudo ser rotuñda, porque recuerda que O'Higgins fué hombre que sufrió desprecios y humillaciones,

dolores físicos y padecimientos íntimos que no amenguaron jamás su grandeza de alma. Porque la vida no es como nosotros la deseamos, sino como la Divina Providencia nos la otorga.

He leído este libro con gran gusto con el interés apasionado con que se devora una novela, sin dejarla un momento. Y es que el autor ha tenido un instinto certero al escribirlo: no nos lateó con disquisiciones ni descripciones históricas, sino que nos habló de los hombres que vivieron su trance y su pasión en los albores de la patria. Carrera: apasionado, impetuoso, turbulento, valeroso como un personaje de leyenda; Rodríguez, audaz, risueño en la aventura y fatalista en la muerte, Freire, militar, hombre de decisiones rápidas y certeras. San Martín, predestinado a la gloria, grande y magnánimo sin sustraerse a la sombra del odio y la venganza en un momento dado. Eran hombres de carne y hueso. Hombres que saludaban el porvenir, que era amanecida fulgurante, desde la espesa sombra de la noche colonial.

Confieso que leí uno de los libros premiados sobre O'Higgins, y me aburrió. No pude terminarlo. Este de Campos Harriet, con sus trescientas páginas de gran formato, lo leí con gran rapidez y agrado. Y éste es el mejor elogio que se le puede hacer a un autor. En muchas ocasiones hemos estado en total desacuerdo con algunos de sus puntos de vista. Pero eso no importa. Lo que sí tiene importancia, es que el libro sea claro, vibrante, saturado de esa noble armonía vital que es la que le concede jerarquía a una obra. A mi juicio, Campos Harriet debe estar muy feliz de su «O'Higgins», porque allí hay un hombre con su grandeza y su rebeldía, con su amor y su arrebatado de ira, con sus errores y sus aciertos. O sea un hombre... que es un prócer.

—L. D.

